



MIGUEL MIRANDA

LOPE DE VEGA, 19

28014 - MADRID

TELF. 914 294 576

DG

A

+ 149232
C. 1186472



R.118249

SAINETE.

EL CASERO BURLADO.

PERSONAS

Doña Lucía Zápalos.

Marica Pendaño.

Un Escribano.

Un Alguacil.

Anton, Albañil.

Un Casero.

Casa pobre, una arca al frente, una mesita vieja, y una alacena: sale Marica, y el Albañil con una guitarra.

Maric. Esta sí que es buena vida, todos son días de fiesta para tí, y días de ayuno para mí: ¡quién me dijera que yo había de venir á verme en tanta miseria, cuando en casa de mis padres estaba yo tan contenta, y tan querida de todos! *Llora.*

Alb. ¿Qué vá que si la vihuela cojo por lo mas estrecho, te la encajo en la cabeza?

Mar. Yo lo creo que tú eres capaz de infamias como estas, y de otras, hombre que está todo el día en la taberna, con otros tan holgazanes

como él, y no se avergüenzan de no mantener su casa ni de que á su mujer vean indecente, qué no haría! Reniego de mi simpleza, y de mi cariño, que tantas lagrimas me cuesta.

Alb. Yo no siento que se queje, *Ap.* lo que siento es que se queje con razon.

Mar. A fé que cuando me pretendias, no eras tan bribon, ni tan soberbio, y que las noches enteras sabias estarte en la calle al frio, rondando mi puerta; y cuando fuiste á pedirme

á mi madre diste muestra de humildito, y la decias, que habia de ser la dueña de la casa, y la contabas tenias tantas grandezas, que ganabas tanto y cuanto, y tenias las arcas llenas de ropa: ¡fuego de Dios, y cómo mientes! ¡Ah, perra de mí, que pudiera estar tan bien como una Marquesa, y estoy peor que una esclava! yo te aseguro, si fuera otra, que me pones en parage de no ser buena.

Alb. Tú tienes razon, mujer, yo te prometo la enmienda; al punto cojo la capa, y me llevo á la taberna á decir que no me esperen solamente: tú ahí te quedas, que voy á eso, y de camino á esponer nuestra miseria al casero, porque aguarde hasta que pagarle pueda.

Mar. Ahora vengo yo de allá, y es ociosa diligencia, que ha ido á buscar la Justicia, para que al instante venga á embargarnos los haberes, y encajarte á tí en la trena.

Alb. ¿Pues por qué tanto rigor?

Mar. ¿Por qué? yo te lo dijera; pero si luego... yo... que... mejor es que no lo sepas.

Alb. ¡Malo!

Mar. ¿Malo? todavia pudiera ser peor, si fuera yo otra; pero eso no, que la honra es la riqueza mayor del mundo.

Alb. ¿Pues qué, la verdad, te galantea el casero?

Mar. Como tú á él no se lo dijeras, yo te diria que sí; y que ya me tiene hechas mas de cuarenta visitas.

Al. Mas me ha hecho á mi de cincuenta su mujer; pero es por solo caridad, que siempre deja para poner el puchero.

Mar. Pues el otro no lo lleva por tan buen camino, que dice que hasta que le quiera no me ha de dar un ochavo, y que nos ha de echar fuera de la casa.

Alb. Pues, mujer, vamos discurriendo á medias qué se ha de hacer.

Salen el Escribano muy ridiculo, y Alguacil.

Esc. La Justicia.

Alb. Por fin á buena hora llegan! que me ahorro el discurrir.

Mar. ¡Ay, que yo estoy medio muerta! por no aplicarte, bribon, nos vemos en esta afrenta.

Alb. Tampoco si te aplicaras tú, jamás nos sucediera; pero si somos entrambós desapplicados, paciencia.

Esc. ¿Sois Anton el Albañil?

Alb. Ojalá que no lo fuera.

Esc. ¿Conoceis aquesta firma?

Alb. Es de mi mano y mi letra.

Esc. Vamos entregando llaves, y haciendo aquí manifiestas todas las alhajas luego; que hacer inventario es fuerza, para ver si el acreedor con los muebles se contenta.

Alg. Cuidado no ocultar algo, porque es cargo de conciencia.

Mar. No hay mas de lo que se vé, y la ropa que está en esa arca.

Señalando.

Esc. Pues vaya, muchacho, arrimate á aquella mesa, y ve escribiendo.

Alg. Ya traigo prevenida la cabeza.

Esc. Escribe; primeramente: una... dos... cuatro sillas; para no errar en la cuenta, una sin asiento, y otra sana, y las dos enfermas; un cazo de azofar roto, una sartencilla vieja, un candelero de barro, un candil, repisa y media

de yeso, una estampa ahumada, una arca y una alacena, un barreño esportillado.

Alb. Que sirve de chimenea y brasero.

Esc. Una jofaina, una cortina en dos puertas; vamos ahora á ver la ropa de la arca.

Mar. No la revuelvan ustedes; y como ustedes me dejen esa escofieta y la ropa con que voy á pasear los dias de fiesta, vaya todo lo demas.

Va sacando del arca lo que dice.

Esc. Un zapato, tres calcetas, una camisa sin mangas, un escarpin de bayeta.

Alg. Y dió fin la ropa blanca.

Mar. Picaro, das buena cuenta

Al Albañil.

de mi dote.

Esc. Ciertamente, que para cobrar la deuda hay bien de qué asir: amigos, vamos antes á dar cuenta de todo al Juez, y á la parte, por si quieren que se prenda á este hombre, y asegurar nuestras costas, no sea que, como es pobre, despues

nuestro trabajo se pierda.

Alg. Vamos donde usted mandare.

Esc. Cuidado que hasta que vengan por los trastos, y por él *Al Alb.* de la casa no se mueva:

yo le entregaré su vale,
y él allá se las avenga.

Vánse los dos.

Mar. Muy buenos hemos quedado, marido.

Alb. Voy á una Iglesia á retraerme.

Mar. ¿No dijo que iba á decir que viniera el Casero el Escribano, y á darle el vale? Pues ea, ¿quieres ver cómo le burlo?

Alb. ¿Y si él lo toma de veras?

Mar. Se llevará mayor chasco: sal tú de casa, y acecha cuando entre, y luego después de un rato, has de dar la vuelta enfadado, y lo demás déjalo tú de mi cuenta.

Alb. Muy bien esta: oyes, cuidado, que la burla está dispuesta entre los dos; no te yerres, que yo contigo he de hacerla. *Vase.*

Mar. Deje usted estar al amigo Casero: yo haré que sepa quién es Marica Pendaño, y que otra vez no se atreva á inquietar mujeres, que se están en su casa quietas.

Pero él viene allí, empecemos á entablar la estratajema;
¡Ay pobre de mi, no hay quien venga á auxiliarme á una inuerta!

Llorando.

Cae desmayada, y sale el Casero.

Cas. Pobre Marica: yo bien la perdonara la deuda; ¡pero por qué carga de agua! No señor, pague quien deba, que él me lo debe á mí, y yo no le debo nada á ella.

Mar. ¡Ay! que me empiezo á morir.

Cas. ¿Qué hay Marica, estás contenta? pues aun falta lo peor; estate tiesa, que tiesa, que yo estoy duro, que duro, y veremos quien se lleva el gato al agua.

Mar. ¡Ay Señor! no creí yo que usted era tan fuerte de genio: vaya, que paga bien las finezas con que yo iba procurando modo de tener licencia de Anton, para que pudiese venirme á ver sin sospecha de él y de la vecindad.

Cas. Hija, ¿lo dices de veras?

Afable.

Mar. Ya no: ¡Jesús y qué porollo ha sido crueldad horrenda!

la de hoy.

Cas. Ella dice bien:

reniego de mi vileza.

Mar. Ea, vaya usted con Dios,
y haga usted que luego vengau
por los trastos.

Cas. Mariquita,
fácilmente se remedian
las cosas: con que por fin,
ya estabas tú menos terca?

Mar. Toma si lo estaba; pero
ya, mas poco: ya estoy hecha
un veneno.

Furiosa.

Cas. Pues, querida,

Humilde.

perdóname, y como quieras
tratarme tan solamente
con agrado, serás dueña
de esta casa, de la mia,
y de mi bolsa; y en prueba
de esta verdad, pongo el vale
á tus pies.

Dala el vale.

Mar. Cayó esta breva.

Ap.

Cas. Qué dices?

Mar. Que tengo yo

un genio, que como sea
por bien, al cabo del mundo
con un cabello me llevan;
pero por mal, soy el diab'lo,

Coge el vale.

Cas. Y di, estas algo mas contenta?

Mar. Qué se yo; por fin y postre,
yo le diré á Anton las muestras
de cariño que os debemos,
y él es preciso que á fuerza
de hombre de bien, él tambien
os dé la correspondencia.

Cas. Mejor es no se lo digas.

*Dentro el Albañil llamando y
dando voces.*

Alb. Mujer ábreme la puerta.

Mar. ¡Pobre de mí!

Cas. Pues qué importa?

Dentro el Albañil.

Alb. Abre, mujer.

Cas. De qué tiemblas? *A ella.*

Mar. De que si os halla aquí dentro
os ha de abrir la cabeza.

Cas. Eso faltaba; pues, hija,
daca el vale, no se pierda
todo; y si me veo apretado,
le diré, cuando le vea
enfurecido, que vine
á perdonaros la deuda,
por caridad.

Mar. Ay, que Anton
no la conoce, y mi pena
es que vos habeis entrado
aquí á hacer una obra buena,

y él os hará mala obra,
y es cargo de mi conciencia:
no, lo primero sois vos;
metéos en esa alacena,
y dejadme hacer á mí.

Cas. Y el vale?

Mar. En mi mano queda
seguro, y así veremos
que resulta de esta prueba;
yo se lo diré, escuchad
vos desde aquí su respuesta.

*Escóndele en una alacena que ha-
brá, y sale el albañil.*

Mar. Hombre, ¡qué de prisa vienes!

Hace señas.

Alb. Dame la llave de aquella
alacena, que es preciso
sacar de allí la herramienta...

Cas. ¡Pobre de mí! pobre de...

Alb. Que tengo una obra dispuesta.

Mar. El caso es que no la topo.

Hace que la busca.

Alb. A buscarla, ó será fuerza
descerrajarla.

Cas. Anda, hijo,
caí en la ratonera.

Alb. No la hallas? pues voy á abrir
á patadas.

Cas. Anda, morena.

Mar. Hijo, el casero ha venido.

Alb. Qué dices? que no viniera
yo antes, y le encontrara
para cortarle las piernas!

Mar. Antes merece las gracias,
pues apiadado de nuestra
infelicidad, me trajo
el vale, y dice que queda
en ser muy amigo tuyo,
y en perdonarnos la deuda.

Alb. Si como he pillado el vale

Rómpele.

entre mis uñas, cogiera
al casero, había de hacer
de su figura menestra.

Cas. Bueno va.

Alb. Daca la llave.

Mar. No la encuentro; pero espera,
que aquí en casa del vecino,
hay una llave maestra,
y nos la puede prestar. *Vase.*

Alb. Pues ves corriendo por ella!

Cas. ¡Triste vale y triste hombre!

Alb. Juro á brios, que si supiera
adónde hallar al casero,
le había de dar una felpa.

Dentro Lucia.

Luc. Deo gracias.

Llamando á la puerta.

Alb. Pase adelante
quien es... - ¿Señora casera?

Cas. Esto es peor, que es mi mujer.

Luc. Anton mio, qué tragedia te sucede? tú acosado de la justicia? tu hacienda embargada estando yo en el mundo? Si te acuerdas de que á los pobres estimo, por qué á mi piedad no apelas en tus infortunios?

Cas. Vaya, que la función es completa.

Alb. Señora, vuestro marido me aflige por una deuda.

Luc. A quién no afligirá él? es el animal mas bestia, el mas avariento, y mas soberbio, y el mas tronera del mundo.

Cas. Ve echando mases.

Luc. Reniego de la riqueza; ójala me hubiera yo casado contigo!

Cas. Arrea Manolo.

Luc. En fin, págale, que aquí hay en buena moneda treinta doblones, y luego vé á casa por otros treinta.

Cas. Y el vale roto, arda Troya, pues que mi casa se quema.

Alb. Yo os doy las gracias.

Por salir el Casero cae con la alacena.

Alb. ¡Mas qué es esto!

Asustado.

Luc. Pícaro, tú en casa agena escondido?

Alb. ¡Usted en mi casa escondido con cautela!

Luc. Yo te lo diré.

Amenazándole.

Alb. Yo, y todo.

Los dos. Muera este insolente, muera.

Cas. Justicia venga del cielo, pues que me falta en la tierra.

Luc. Te tengo de hacer añicos.

Repelándole.

Sale Mar. Ola! ¿qué bulla es esta en mi casa?

Sale el Escribano.

Esc. La Justicia; todo el mundo se detenga, y sepamos qué ha sido esto.

Luc. Pillar en la ratonera á mi marido.

Cas. Pillar *infraganti* á mi parienta de ladrona estafadora: dime, ¿de dónde, perversa, tienes tú tanto dinero?

Luc. De lo que desaprovechas tú y yo sé ahorrar, para que socorriendo la pobreza

de esta gente, á tu intencion
puedan tener resistencia.

Alb. ¡Que todos estos Caseros
tengan las caras tan feas!

Esc. Vayan todos á la cárcel.

Mar. Harto castigados quedan
el casero y su mujer,
si alguna culpa hay en ella,
con que pierdan el dinero.

Esc. Como prometan la enmienda
todos, y queden en paz,
callar, y calláremos.

Cas. Ea,

pues, pelillos á la mar;
ya esta dada la sentencia,
como se muden de casa
donde yo nunca los vea.

Mar. Así los dos lo ofrecemos;
y porque acabe con fiesta
la burla de mi Casero
enamorado, la fiesta
se celebre alegremente.

Esc. Sea muy enhorabuena.

Tod. Pidiendo que nos dispensen
de todas las faltas nuestras.



VALLADOLID—1866.

Imprenta, librería y almacén de papel de F. Santaren.

En la misma imprenta hay una buena colección de sainetes; hallándose en prensa bastantes más títulos con objeto de aumentarla, siendo los de más aceptación y más fáciles de ejecutar en cualquiera teatro de aficionados ó casas particulares.